

El mundo de Jimmi

Todo empezó cuando mis padres se fueron de vacaciones y tanto mi hermano Héctor como yo nos quedamos en casa de mis abuelos paternos.

Para unos niños de nueve y siete años es muy aburrido pasarnos los días en una casa, aunque nuestros abuelos nos lleven al parque todas las tardes. Mis abuelos hablaron entre ellos y mi abuela nos dijo.

- Mañana el abuelo os llevará a visitar un castillo.

- ¿Un castillo?- preguntó mi hermano extrañado.

- Si el castillo de mi amigo » El Conde Simón ».

- Abuelo ¿ los castillos no serán muy aburridos ?- pregunté - ¿Tiene televisión?

- No, no lo creo, pero puede que encontréis a Jimmi y lo paséis bien.

- ¿Quién es Jimmi?- preguntó mi hermano Héctor

- Es un duende yo no lo he visto nunca pero se que vive en el castillo.

- ¿Puedo llevarme la pelota?- preguntó mi hermano.

- Si puedes llevarte la pelota.

Al día siguiente, mi abuela nos preparó un buen desayuno, deberíamos estar preparados para el largo viaje; su-

bimos al coche con mi abuelo y nos dirigimos a Teruel, no se donde mi abuelo torció a la derecha y se internó por unos caminos donde los pinos en ocasiones no dejaban ver el Sol. Sin apenas darnos cuenta ante nosotros aparecieron las almenas de un gran castillo. Las puertas se abrieron (como por arte de magia) y pasamos al interior de las murallas, había un gran patio y en su centro un hermoso palacio rodeado por un jardín.

Un señor delgado y encorvado con ropa de pingüino salió a recibirnos.

- ¿ Llevan ustedes equipaje ?- preguntó a mi abuelo, al abrirle la puerta.

- No solo venimos de visita.

- El señor Conde les espera en el salón.

Bajamos del coche y seguimos al señor delgado (Héctor llevaba la pelota) . Entramos en el palacio y me impresionó la riqueza que parecía haber por doquier, hermosos relojes, lámparas de oro y cristales brillantes, el suelo brillaba. Nunca había visto algo semejante mas que en la películas, todo era hermoso. Entramos en una sala con una mesa en el centro cubierta de frutas y pasteles; frente a la mesa sentado sobre una gran butaca estaba el señor Conde, llevaba unos pantalones azules con finas rayas amarillas y una casaca roja con bordados en oro; su cara lucía un gran bigote enroscado en los extremos

y sus patillas llegaban a la barbilla. Se levantó y se acercó a mi abuelo.

- Bienvenido amigo mio, hacía mucho tiempo que no me visitabas - dijo afectuosamente a mi abuelo.

- Si desde que vine con mi hijo, ya hace muchos años. Mira estos son mis nietos, Guillermo y Héctor.

- Mucho gusto jovencitos ¿deseáis tomar alguna golosina?

- No muchas gracias señor - contestamos al unísono.

- ¡ Bien ! En ese caso, veo que lleváis una pelota y tal vez queráis jugar. El tiempo está cambiando y no podéis salir al jardín, será mejor que utilicéis esta sala.

Miramos por la ventana y estaba lloviendo; parecía un diluvio,

no lo entendía pues habíamos salido de casa con mucho sol el mismo que brillaba al entrar. El señor Conde hizo un ademán al criado chascando los dedos y este hizo sonar las palmas. Al momento entraron varios sirvientes y se llevaron la mesa y las sillas dejando el salón vacío.

-¡ Muchachitos! ya podéis jugar con la pelota, vuestro abuelo y yo tenemos mucho de que hablar.

Los dos salieron de la sala y mi hermano y yo nos quedamos solos, Héctor no tardó en lanzarme la pelota. Tras el

estaba una gran chimenea que podía servirnos de portería, por lo que no tardé en decirle, que se pusiera de portero. Así empezamos a jugar, en uno de los lanzamientos la pelota toco en el ángulo izquierdo de la chimenea, escuchamos un chirriar como si una puerta se abriera. Héctor estaba de espaldas pero al escuchar el ruido se volvió; los dos vimos como la pared del fondo desaparecía, nos acercamos a verla pues el interior estaba iluminado. Solo vimos una gran escalera que debía conducir a un hondo sótano; la pelota cayó de las manos de Héctor y fue rodando escaleras a abajo, yo le dije.

- Tienes que bajar a por ella o la perderemos.

- Yo no bajo - contestó.

- Tu la has tirado.

- ¡No! Se ha caído y me da miedo bajar solo.

También a mi me daba miedo era muy larga y no pensaba bajar solo, por ese motivo armándome de valor y fingiendo que le acompañaba, le dije.

- Esta bien bajaremos los dos.

Lo cogí de la mano y poco a poco empezamos a bajar la larga escalera. Parecía no tener fin pero seguíamos bajando, vimos un arco de parte a parte dela escalera donde terminaban los escalones y poco a poco una sala donde terminaban. Escuchamos una voz procedente de la sala que decía.

- Jimmi, si Jimmi ¿donde están? ¡Si! Jimmi no encuentra ¿donde están ? Si Jimmi busca; busca Jimmi...

Al bajar el último escalón vimos la sala cuadrada rodeada de arcos por los cuatro lados la luz entraba através de ellos como si estuviéramos en el exterior. Fue en ese momento cuando vimos al propietario de las palabras que escuchábamos, daba vueltas de un lado a otro de la sala repitiendo su nombre y buscando algo. No era mas alto que mi hermano y tenía una gran cabeza cubierta de una frondosa melena. Vimos la pelota junto una de las columnas que sujetaban los arcos; Héctor me miró y yo lo miré a el, sin soltar las manos, dijimos.

- Buenos días y nos dirigimos a por la pelota.

El hombrecillo paró de golpe y nos miró.

- Yo Jimmi, estoy esperando a Guillermo y Héctor ¿los conocéis?

- Si nosotros somos Guillermo y Héctor, pero solo queremos nuestra pelota.

- ¡Ah! Si la pelota. ¡Niños! siempre niños. El rey os espera debéis acompañarme.

- ¿Y la pelota? - preguntó Héctor.

- Ya la recogeréis a la vuelta. Seguid a Jimmi.

Pasamos por un arco y salimos a un jardín inmenso, la vegetación de plantas y árboles nos cubría por encima de la

cabeza los pájaros cantaban alegremente y Jimmi repetía - niños siempre, Jimmi lleva niños, siempre niños.

Héctor y yo seguíamos cogidos de la mano y caminábamos tras el hombrecillo, mientras observábamos su enorme cabeza. Poco a poco el bosque dio paso a un jardín mas bajo y ante nosotros apareció un hermoso castillo coronado por grandes torres doradas. Vimos como de un gran balcón descendía una rampa y Jimmi subía por ella; le seguimos y al final de ella se habría ante nuestros ojos un gran salón, al fondo estaba el rey sobre su trono llorando. A ambos lados una hilera de guardias lo custodiaban. Héctor me dijo en voz baja.

- Mira los guerreros son conejos del tamaño de Jimmi.

- Si ya me he dado cuenta; mira los que están alrededor del rey deben ser sus consejeros o amigos.

- ¿Y porque llora?

- No lo se, pero creo que pronto lo sabremos.

Llegamos frente al rey y Jimmi tras hacer una reverencia en la cual la cabeza casi tocó el suelo. Dijo.

- Majestad Jimmi trae soluciones ¡ niños Majestad! Jimmi trae niños.

El rey se secó las lagrimas y preguntó a un hombre que había junto a el, con una larga barba, una gran túnica y un

bastón mas alto que el.

- ¿Son estos los elegidos?

- El consejero se acercó y pasó la parte superior de su bastón sobre nosotros, como algo mágico, el bastón se iluminó.

- Si majestad son ellos.

En ese momento el rey se dirigió a nosotros.

- Estábamos esperando vuestra llegada; solo vosotros podéis salvar a nuestro reino.

El rey me pareció una "mofeta" con una larga capa amarilla y una corona, conteste.

- ¿Nosotros majestad ? Solo somos dos niños.

- No solo sois niños; la profecía dice que del mundo exterior vendrán dos grandes eruditos que derrotarán a la reina Mantis.

- Pero nosotros solo sabemos judo y yo solo tengo el cinturón amarillo - contestó Héctor cohibido.

- ¡Oh! No importa, si tienes o no cinturón - contestó el consejero - según la profecía la derrotareis con el ingenio.

- Ña, ña ña ¡Ñá! - dijo el rey - habladurías, ¡Capitán llévelos a la sala de las batallas! e informeles del problema. En cuanto a usted Jimmi me responde de ellos con su cabeza.

- ¡No! Jimmi no; cabeza no. Jimmi cuida, cabeza

no.

El rey volvió a llorar y todos se agruparon a su alrededor. Nosotros acompañamos a Jimmi y al Capitán a la sala de las batallas. La sala era enorme con una gran mesa en el centro a su alrededor muchos cuadros de niños en pose marcial. Héctor preguntó a Jimmi.

- ¿Quiénes son esos?

- Niños, niños que salvaron nuestro mundo.

El capitán llamó nuestra atención, con seriedad

- Por favor miren sobre la mesa.

La mesa se iluminó y sobre ella aparecieron montañas, valles, ríos y mares. Dos continentes aparecían bien diferenciados y divididos por el mar. El capitán tomó la palabra.

- Mirad, este es el continente o el país de los "Peludos" y este es nuestro continente. El continente "peludo" donde reina nuestro rey "Peluche III".

- ¿Y cuál es el problema? Pregunté.

- Mirad aquí abajo, esta parte negra de nuestro continente.

- Si lo vemos - contestó Héctor.

- Pues esta zona ha sido invadida por el ejército de la Reina Mantis.

- He observado que vosotros también tenéis un ejer-

cito ¿porque no os enfrentáis a ellos?

- Lo hemos echo pero ellos llevan corazas y fuertes armas contra las que no podemos luchar cuerpo a cuerpo. Solo nuestros osos hormigueros pueden luchar con ellas, pero no pueden comer mas de dos o tres.

- ¡Un momento! ¿de que está formado su ejercito? - pregunté.

El capitán pasó su mano por la mesa y apareció la imagen de un ejercito, delante iban las hormigas del tamaño de un gato (aunque nuestros guardias doblaban el tamaño de los conejos que conocíamos y levantados sobre las dos patas traseras, eran tan altos como nosotros. Vi a las hormigas con sus enormes mandíbulas y sus corazas, comprendí que nada podía hacer un conejo con una lanza o una espada contra ellas. Detrás llegaban los saltamontes cargados con la intendencia, posteriormente las cigarras, colocadas en círculos y temblando producían pequeños terremotos que hacían caer los arboles. Tras ellas un gran hormiguero del que salían las hormigas voladoras. Las compare con la aviación. Ante tan gran ejercito pregunté.

- ¿Y cual es nuestra misión?

- Debéis atravesar las lineas y llegar al palacio de la reina Mantis, una vez entréis en los jardines nadie os molestará, podréis hablar con ella e intentar pasar la prueba. Si pasáis

la prueba del reloj la habréis derrotado, perderá sus alas y morirá por lo tanto dejará de ser reina y su reino pasará a las abejas. Ellas se encargaran de devolver los arboles y las flores todo volverá a ser bonito y nuestro rey dejará de llorar.

- ¿Y en que consiste la prueba del reloj?

- El gran reloj de arena, empieza a contar cuando ella hace su pregunta o adivinanza, tenéis un minuto para contestar.

- ¿Y si no lo hacemos?

- Quedaréis atrapados por las arañas y ella os comerá.

- No me gusta la idea - contestó Héctor - ¿y que ocurre si contestamos?

- En ese caso debéis hacer vosotros la pregunta, el reloj dará la vuelta y si no contesta en el tiempo estipulado perderá las alas y habremos ganado.

Una gran Aguila entraba por el inmenso balcón custodiada por un buitre y un Cóndor. "Se dirigió al Capitán".

- Capitán nuevas y malas noticias, el ejercito enemigo se está preparando para cruzar el rio, la compañía voladora enemiga está concentrando fuerzas para trasportar a los soldados a la otra orilla.

- Miedo Jimmi tiene miedo, el fin de Jimmi.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

